

MADRID ARTISTICO Y MONUMENTAL

por el Excmo. Sr. D. Elías Tormo y Monzó, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

(Conferencia pronunciada en el antiguo Hospicio el día 18 de enero de 1930)

(Conclusión)

Con el inmenso agradecimiento que Felipe V había de tener para Madrid, porque éste expresó, enérgica y decisivamente, la adhesión, en general castellana, a la Casa de los Borbones, frente a la adhesión barcelonesa, aragonesa y valenciana a la Casa de los Archiduques, y porque, además, fué la primera vez que Madrid, con sus actos de mala voluntad, pudo ser parte del encono de la violencia a favor de Felipe V y en frente de Carlos III, tanto o más que Almansa y Villaviciosa; con todo eso, Felipe V aún no sintió la necesidad de una gran capital, de aquello que había aprendido de su abuelo, a quien debía su corona y a quien él tenía y debía tener como autor del Código único de la gobernación de la Monarquía. Pero lo cierto es que el año 33 de su segundo reinado vino el incendio del Alcázar, del viejo Alcázar, en el cual se habían aposentado los Felipe II, III y IV y Carlos II y que era el cogollo del mundo en riqueza de obras de arte. Puede decirse que se quemó casi otro Museo del Prado como el que hoy guardamos, el año 34, la noche de Navidad y los cuatro días siguientes que duró el incendio, pero, al fin y al cabo, era un castillo de la Edad Media que no tenía siquiera los patios iguales, que entre ellos había una capilla alta y grande, pero capilla, y al que, como único adamentamiento, se le había hecho esa crujía de honor delantera, que es la que ustedes ven en el Museo Arqueológico (que no sé si ahora está aquí, pero que hasta ahora estaba) figurando una fachada del Palacio que no es más que la parte delantera.

Eran aquellos reyes de dos mundos, palabras efectivas, sobre todo metálicamente, porque las rentas de allí significaban más que las de aquí, ante quienes sus primos, los emperadores de Austria, eran unos pedigüños constantes, porque necesitaban el socorro continuo de la Corte de España; eran aquellos reyes, tenidos por los primeros monarcas de Europa, a pesar de mantener guerras con desastrosos resultados y a pesar de todos los pesares, los que vivían en el viejo castillo apenas transformado en palacio, pues, repito, que la riqueza interior era extraordinaria, pero la caja, el arca era pobre. Y Felipe V reconstruyó el Palacio recurriendo a los mejores artistas, a los que él creía los mejores arquitectos del mundo, que hicieron unos planos cuya monumentalidad era excepcional, como saben todos los que asistieron aquí a la Exposición del antiguo Madrid, para la cual hubieron de recogerse de distintas procedencias una porción de dibujos de lo que, no ya el primer proyecto, sino reducida la obra, iba a ser el Palacio Real.

Ahora, sí, Felipe V, por primera vez, sigue las lecciones de su abuelo ante la ruina de aquel inmenso edificio, ante la necesidad de tener que vivir el resto de su reinado en el Buen Retiro, habitado también durante todo el reinado de Fernando VI, que son diez y ocho años, más algunos del de Carlos III. En todo ese tiempo las rentas de América están saneadas, se ha llegado a una organización, no diré perfecta, pero sí extraordinariamente cuidada, y las rentas de la Corona no tienen la riqueza fabulosa que entonces tenía la de Portugal, gracias a los diamantes del Brasil que eran de su Corona; pero, así y todo, la de España resulta rica, y Fernando VI, prudente y, como uno de sus sucesores, partidario de la neutralidad en una conflagración europea, no sólo hace que no gastemos, sino que el único neutral monopolice una porción de riquezas y de recursos que quedan. Fernando VI tuvo que continuar, modestamente, la obra de su padre y que su hermano había de acabar, espléndidamente dotada, aunque ahora nos riamos un poco: el Palacio Real de Madrid, según las cuentas rigurosas, salvo un pico que creo venía a ser justo lo que gastó la reina Cristina, la madre del Rey, en ese ala a que antes me he referido, puede decirse que costó, incluyendo, naturalmente, hasta las pinturas de los techos y todo, una cantidad pequeña: un millón de onzas de oro, es decir, unos ochenta millones de pesetas de entonces, cuando la libra y la peseta no andaban en el desdichadísimo duelo que, durante estos días, están sosteniendo. Entonces era saneadísima nuestra moneda, porque éramos los principales proveedores de oro y plata del mundo; y, por tanto, lo que pasaba a nuestra moneda era que estaba demasiado boyante para el comercio de exportación; pero, por lo demás, era una señora moneda. No sé si algunos de ustedes habrán visto esas peluconas de Felipe V, de Fernando VI y de Carlos III, porque, la verdad, va siendo difícil hallarlas. (Risas.)

Ochenta millones de pesetas costó el magnífico Palacio Real. Ello no agotaba la renta. Además, la reina, que no tenía hijos y poseía, moralmente, muchas cicatrices del maltrato de su suegrastra, y que estaba viendo que, muerto su marido, aquélla, la decidida Isabel de Farnesio, volvería de La Granja, donde ella la había confinado para cobrárselo todo, pensó construir, con la excusa devota de un convento de educadoras de la juventud femenina, las Descalzas Reales, edificando un palacio interior en los jardines, en cuyo seguro ella pudiera desaparecer y desafiar a doña Isabel de Farnesio, porque, en último término, con profesar

y ser una de tantas monjas lo conseguiría, ya que, en aquellos tiempos, la autoridad de la reina suegra no habría de ser excesiva. Dios quiso que, a pesar de todas las profecías, muriera ella antes que su marido. Todo esto es el origen de la magnificencia constructiva, verdaderamente excepcional y prodigiosa, de las Salesas, quemadas en el siglo xx, y de la iglesia que, aunque también fué pasto de otro incendio, se conserva todavía casi intacta. Es decir, que a mediados del siglo xviii se comenzó a sentir la necesidad monumental de la capital de la Monarquía. En eso no había novedad alguna, sino que ello fué debido a las mayores disponibilidades del Rey. Cuando Carlos III, que había estado muchos años viendo que la Corona habría de llegar a él por la muerte de su enfermizo hermano, el día en que éste murió tomó las naves y vino a España con su hijo tercero, que había de ser el príncipe de Asturias, abandonando los Estados de Nápoles y Sicilia en favor de su hijo tercero, porque su primero era imbécil de nacimiento, se encontró con que el Palacio estaba casi acabándose, y lo habitó ya viudo. Al poco tiempo se encontró con disponibilidades considerables y entonces fué cuando tuvo el rasgo, que Madrid habrá de agradecerle eternamente, de pensar en hermostrar sus calles y sus plazas, sobre todo el conjunto que él formó—pues siempre había sido aquél el lugar favorito para la diversión madrileña—entre el Retiro y el cierre general de la villa de Madrid; la que después hemos llamado el Salón o Paseo del Prado. Allí están aún las fuentes de la Cibeles, de Neptuno y Apolo en medio, habiéndose traslado la de la Alcachofa, que con aquéllas formaba las cuatro gemelas, al Retiro, donde actualmente se encuentra emplazada. Todo ello fué concebido teniendo en cuenta ese urbanismo que antes he llamado de gran envergadura. Para llegar a ese conjunto se consultó a la Academia de San Fernando, que entonces era una especie de Senado, que entendía en cosas de arte y gozaba de una alta autoridad. Esta Academia marcó con toda exactitud a los escultores y arquitectos hasta la actitud en que habían de colocar las figuras escultóricas, concibiéndolo todo con grandeza; pero este plan no llegó a realizarse más que en parte, porque los paramentos de los edificios eran de propiedad particular y constituían tan sólo la espalda de las casas de la calle llamada del Turco, hoy Marqués de Cubas, que habían sido jardines y casas de campo, con entrada principal por dicha vía pública, pudiendo considerarse como parte secundaria la que daba al Salón del Prado, lugar, en aquellos tiempos, frecuentadísimo. Con esto y con no haberse construido, al fin, la entrada a las plazas grandes del Buen Retiro, resultó que, a pesar de la grandeza con que fué concebido el plan, no llegó por Carlos III a hacerse nada que fuera definitivamente signo de la grandiosidad constructiva de Madrid.

Todo ello hay que compararlo—aunque no soy amigo de estas extrañas comparaciones—con lo que, años antes y simultáneamente, se hizo por el suegro de Carlos III. Algunos de vosotros habréis visitado, segu-

ramente, Dresde. Esta población, como sabéis, es la más bella ciudad barroca de Alemania, y ello es debido a una idea política. El suegro de Carlos III—un Augusto que se llamó II unas veces y III otras, según a qué Corona se hiciera referencia—elector hereditario de Sajonia y rey electivo de Polonia; Augusto III, que es el nombre por el que más comúnmente se le conoce, hizo todas aquellas maravillosas construcciones que hacen de Dresde la ciudad barroca más encantadora de Alemania. El palacio, la iglesia suya, que hubo de convertir al catolicismo para halagar a los polacos, que eran súbditos de carácter elector y a quienes quería acabar de atraerse en favor de sus descendientes como reyes de Polonia; esa iglesia, por tanto, que se llamaba Católica de la Corte; la otra iglesia que tuvo que hacer para los luteranos; todo ello formó aquel maravilloso conjunto que es algo demasiado grande para que no se acuerde uno de que fué debido al suegro, relativamente joven, de Carlos III de España.

Hay un detalle, por cierto también en Madrid, en el que esa filiación política de carácter familiar se expresa en el arte, porque Carlos III es el fundador de la fábrica de porcelana de Sajonia, y, cuando vino a Madrid, de la fábrica de porcelana del Buen Retiro, en la que se imitaba la labor de la fábrica de porcelana de su suegro, a cuyo efecto trajo a la Corte obreros de la fábrica real de porcelana de Sajonia. En este aspecto de la porcelana, Madrid superó a Sajonia. Una de las obras más bellas producidas en la fábrica del Buen Retiro es el salón de porcelanas del Palacio Real, cuyas proporciones y coste guardan relación con los de la Sala de Porcelanas de París. Claro es que a Carlos III no se debe esto sólo, y para demostrarlo me he de referir a aquellas ideas de amplia grandiosidad que presidieron la formación de calles, plazas y perspectivas de los monumentos. Verdad es que en Madrid no se había sentido nunca la necesidad de las grandes perspectivas monumentales. En Madrid hay monumentos en abundancia (repito que, como universitario, tengo que ser sincero y no halagar a nadie, porque a ello me impulsa el sentido madrileño de todos los que me escucháis) y apenas algunas veces se ha pensado en que necesitarán distancias. San Francisco el Grande, a pesar de lo que dijera el padre Cabezas, que ha sido maltratado, a mi juicio, sin bastante razón, posee una fachada que tiene su perspectiva, sobre todo a distancia. San Francisco el Grande estaba enfilado por una calle: la Carrera de San Francisco. Gracias a los Ayuntamientos de estos últimos decenios, se va ensanchando esta calle; pero vendrá un día, después de dos siglos de haberse construido aquel templo, en que San Francisco el Grande podrá ser visto desde trescientos o quinientos metros, que es la distancia que necesita para ser contemplado adecuadamente, porque su fachada no estaba concebida para verse de cerca, sino de lejos, como lo demuestran ciertas gestiones que se hicieron en el Ayuntamiento de entonces por la Junta de Cruzada, que allí

residía. En fin, ¿qué más quieren ustedes? El monumento neonato o, por lo menos, neobautizado, el monumento que, oficialmente, ha de inaugurarse el día 12 de octubre, el monumento a Cervantes, mi vecino, desde mi almohada lo veo, un monumento reciente, próximo a la desembocadura de la Gran Vía, casi en la línea recta de la única gran recta madrileña, aquella que concibió Fernández de los Ríos, desde San Francisco el Grande a la Dehesa de la Villa, y la calle de Bailén, Norte y Sur, en toda su extensión, prolongada por Fernández de los Ríos por calle cuyo nombre no recuerdo, que hubiera sido la recta más larga, pero así no, así está interrumpida, y gracias a Dios (yo no soy amigo de disparar así en línea), no sólo por el palacio de Liria, sino por el Instituto Católico de Artes e Industrias; ese monumento a Cervantes, digo, se ha construido, no en la línea recta de la calle de Bailén, sino un poco al lado; de modo que en el momento en que se despidan definitivamente el Ministerio de Marina del Palacio de los Ministerios, en que vivió Godoy, y se rectifique, por tanto, la acera de la derecha, bajando de la plaza de Oriente, el monumento estará a la vista, pero no en el centro; estará completamente a un lado y, además, esquinado y entre una masa de árboles. Esto demuestra que no se ha tenido nunca en Madrid, a pesar del duque de Lerma, la idea de la distancia; se han ido haciendo cosas, pero la idea grandiosa que es preciso tener al concebirlas, la idea de la ayuda y de la compañía que unos monumentos y unas obras de arte se prestan a otros cuando hábilmente se combinan, eso no se ha tenido nunca en cuenta.

Las glorias de Madrid, en materia de arte, son inmensas, pero no, precisamente, las monumentales. Aparte de la Corona, en la capitalidad (aludo un momento al hecho inmortal, estrictamente madrileño, que para mí es el broche de oro en que se afirma definitivamente la capitalidad: el Dos de Mayo) las glorias que pueden considerarse más puras y más eminentes, por lo menos a los ojos del mundo, son de dos órdenes: Madrid es el asiento del glorioso teatro español, todavía con la circunstancia de que sus grandes autores, si uno es de Toledo y otro de Meco, Moreto y Rojas, los demás son madrileños, Tirso, Lope Calderón. Madrid, en el mismo siglo, tiene otra gloria inmortal, su escuela de pintura, escuela en el sentido

vago, con su gran número de artistas que forman una corona brillante para la historia artística del mundo, en la cual, nacido sevillano, es Velázquez el premio gordo de la lotería. Y todavía Madrid tuvo otro premio gordo en este aspecto de la pintura: tuvo a Goya, que, como dijo un crítico francés en el libro más conocido que existe de cosas de arte, cuando nadie pintaba en Europa él pintaba maravillosamente; pero no es que estuviera solo en su tiempo, es que sigue estando a la cabeza del mundo.

En este sentido, Madrid, que es una gloriosa ciudad de arte, tiene estos dos precedentes gloriosísimos, aparte de otros muchos, hablo de los colectivos. En cuanto a los monumentos, ya va persiguiendo lo que ha debido perseguirse siempre; pero, de todos modos, yo, que tengo tanto cariño a esos monumentos, que los veo y los contemplo y los gozo casi constantemente; que no sé pasar por las calles y plazas delante de ellos sin recrearme con su vista, he de reconocer que están pidiendo una mayor monumentalidad, y en cierto modo, con la interpretación un poco caprichosa de las novedades, quizá perdiendo un poco la escuela arquitectónica del siglo XX de Madrid la noble severidad que caracteriza a muchos de los artistas del siglo XIX, entiendo que la Corte está en momentos en los cuales se va generalizando el sentido de la grandiosidad constructiva y de la necesidad inexcusable que tiene de encaminarse en esta dirección.

Yo ahora, si no fuera por abusar de vosotros, me referiría a los monumentos de Madrid; pero ¿qué iba a ser eso sino un repaso elemental, y más sin aparato de proyecciones, en el cual no había que pensar porque no he tenido tiempo de prepararlas? Por eso terminé la conferencia con el temor que la comenzara, pero completamente seguro de que el sentido artístico que van ofreciendo muchos de los que en estos momentos colaboran en la construcción madrileña, ha de hacer que llegue un instante en que se afanen definitivamente, asentándose en la tradición, por lograr la perfección de estas cosas. No por lisonja, que no sé usarla, pero pensando en algunos de los que en el Ayuntamiento se ocupan en estas bellas cosas, confío en que impondrán, en gran parte, un aleccionamiento que me parece que va siendo general.

Y nada más tengo que decir